

Juan Besada

A SOLAS CON EL AIRE

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO  
— COLECCIÓN ANAQUEL DE NARRATIVA, n.º 15 —  
MADRID • MMXVII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, así como el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JUAN BESADA GESTO

Del prólogo © MANUEL QUINTÁNS SUÁREZ

Del apunte © HEREDEROS DE WALTER TORIBIO

De la edición © Cuadernos del Laberinto

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Diseño de la colección: Absurda Fábula

[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Ilustración de cubierta © RUDY BAGOZZI

Fotografía del autor en solapa © FRANCISCO ZAMORA LOPEZ

Primera edición: Febrero 2017

I.S.B.N: 978-84-946262-0-3

Depósito legal: M-2601-2017

Impreso en España.

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

*A Cristina Rodríguez Veiga y a Paco Zamora López,  
ellos saben por qué.*

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

# Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

## PRÓLOGO

*SANTAÉGIDA, EL MUNDO DONDE NO SE MUERE*

**(Por Manuel Quintáns Suárez)**

El relato, todo relato, cuento o novela, es un convite del autor a visitar mundos diferentes, a vivir otras vidas distintas de la propia, la del más afortunado de los mortales o del más desgraciado, la del héroe triunfador en mil batallas o la del más vil de los tiranos, la del más humilde de los siervos o la del más severo de los amos, la del apasionado amante correspondido o desdeñado... El lector o el oyente, privilegiado viajero de tales mundos, puede visitarlos y habitarlos, hacerlos suyos, formando parte de los mismos en el papel que más le cuadre o más le guste de cualquiera de sus moradores. Simple y sencillamente, apagando sigilosamente los ruidos que confunden y anulan el vivir monótono de cada día, huyendo, sigilosamente, y refugiándose en el misterio de otros vivires, de otras vidas.

El nuevo libro de Juan Besada, *A solas con el aire*, es el convite del autor a «la región de la materia visible y de los sueños náufragos» —»Las dos sienes», «Las gotas de la abuela», la «Carta de Ísmodes Corrientes a la Sra. Izquierdo», «Apéndice de escritura automática»—, la región, como explica el narrador, en la que «si no llevas cuerpo te confunden con un fantasma y cierran las puertas y las ventanas para protegerse de ti, y no

puedes comunicarte con nadie, ni siquiera con Rosaura, y así corres el riesgo de desaparecer porque nadie te está soñando.»

Una visita, en cualquier caso, no en exceso demorada, porque el verdadero viaje que nos propone, en compañía siempre del narrador, es a la otra orilla, Santaégida, —«El brillo de los ojos de Rosaura I» («El encuentro»), «Impresión de luna creciente», «El sueño de Ángela», «El brillo de los ojos de Rosaura II» («A lo mejor sus ojos»), «Paisaje en otoño», «El brillo de los ojos de Rosaura III» («Nota de una canción que envuelve el aire»), «Ahora contaré su sueño, soy Genara», «El carro de la compra en el Museo es de color azul», «El brillo de los ojos de Rosaura IV» («Acabo de tropezar con la palabra ánade») y «Habitación sin vistas»—, «el mundo donde no se muere», el mundo al que el narrador retorna una y otra vez para disfrutar la belleza de sus paisajes, su música y sus silencios, el misterio del poder de los sueños traducidos en palabras y, sobre todo, sus amorosos encuentros con Rosaura.

Debemos creer al narrador cuando confiesa: «Te cuento, Rosaura, que cuando llegué por vez primera a Santaégida si no reconocía el pavimento de sus calles no era porque nunca hubiese estado antes. Es verdad que no conocía sus jardines, ni el paseo del Parque Central, ni siquiera la playa ni la iglesia; pero no era el hecho de no haber estado nunca lo que me desorientaba, sino algo más sutil y que tiene que ver con el reverso de las cosas.»

Santaégida es la otra orilla de «la región de la materia visible y de los sueños náufragos», es un «instante múltiple» que, como cuenta el narrador, «aparece como una puerta en el paisaje que

al abrirse nos introduce en otro de materia más liviana y apenas perceptible desde la estructura sensorial utilizada comúnmente en la orilla de la que traje el brillo de los ojos de Rosaura.» Es el mundo al que regresa una y otra vez, la Ítaca de Ulises o la Tagen Ata de Méndez Ferrín, siempre en busca del «brillo de los ojos de Rosaura», para volver a nacer y poder vivir otra de esas «varias vidas» entre las que, como confiesa el mismo, «la que estoy viviendo ahora ya la soñé y viene de otra anterior, una imprevista en la que también soñaba, y ésa sí la recuerdo.»

«Las cosas —nos advierte— no son como las voy a decir, pero de alguna manera he de procurar hacerme inteligible.» Y ello —como él recuerda— a pesar de que «tal vez fue de entonces que se me hizo la voluntad de ser pintor en Santaégida, para poder contar recuerdos de vidas anteriores». Pero de vidas propias, vividas quizá también allí ya que, como él advierte, no en vano «podría ser un buen sitio» para nacer de nuevo. Para el tema de las vidas de los otros, que también le interesan —piénsese en las que él mismo vive en el mundo de la otra orilla— se siente menos dotado. «Envidia —confiesa— la habilidad de algunos para soñar vidas ajenas o emociones de otros, porque ellos saben acodarse en los balcones y mirar a donde hay que ver, mientras los más, no vamos a engañarnos, atisbamos sólo el sitio en el que nunca pasa nada.» O simplemente, porque en contra de lo que él piensa está mucho más atento de lo que sospecha a otras cosas, como a «los destellos de la luz bailando con la brisa en las copas de los árboles, en las hojas, amarillas, dejándose caer hasta posarse sobre las matas, esa orgía de colores», o en

el paisaje en el que «como un punto de luz en expansión y contrayéndose», «un sonido sin tiempo», un «espacio sin tiempo» se sueña «y de sueño en sueño» logra recuperar «una vida anterior aun no vivida» y, naturalmente, alguna que otra vida vivida por otros.

En la orilla de la «región de la materia visible y de los sueños náufragos», sus historias, contadas o soñadas, tanto da, son sólo recuerdos, evocaciones. Existían antes de que nadie las soñara o las contara, siendo el narrador el que las despierta de su letargo, las pone a nuestra disposición para que, como él y con él, podamos también soñarlas y contarlas. Mientras que, en el mundo de Santaégida, el narrador les da la existencia soñándolas para nosotros. También puede alguna vez, como en la «Habitación sin vistas (Fantasía para Milena)», imitando al narrador de «la orilla de la materia visible» que no le importa reconocer que cuenta y escribe al dictado del aire, que también él no dudó en recurrir a un mágico contador de historias. «Sepan —confiesa— que escribo al dictado de un truel que un buen amigo puso en una ocasión en mi vida sin sospechar que su verdadero talento, a diferencia de sus congéneres, no consiste en andar tras el camarón o la sardina, sino en contar historias.»

El narrador nos conduce a «la región de la materia visible», para arrancar de la indiferencia y del olvido la crueldad de los *Merdaseca*, la desconsideración en la que vive su soledad la callada mujer de su casa, el valor de las palabras, la dignidad del trabajo...; y a la de la «materia más liviana y apenas perceptible», Santaégida, donde, como confiesa el mismo, «casi recién llegado,



una mañana, sin aviso, tropezaron sus ojos, los ojos de Rosaura, con los míos y noté que se abrazaron.» «Aquí, Rosaura —le dice—, se está mejor que en la otra orilla y suceden cosas que parecen extraordinarias cuando se asiste desde allí al espectáculo, pero a las que estamos tan acostumbrados de este lado que cuando atravesamos el río ni siquiera se nos ve, yo mismo me encontré con su brillo, el esmeralda de sus ojos, en mi última travesía y, fíjese, me lo traje sin que usted lo note en falta, ya ve. Es el tipo de cosas que suceden aquí: se convierte en tobogán el paisaje, por ejemplo, y se desliza por él el brillo de sus ojos esmeralda hasta mis brazos, que son suyos.»

No sólo, sin embargo, la singularidad del mundo de Santaé-gida, «esta orilla —como la describe el narrador—, por este lado del mundo donde las cosas se convierten en ojos y los perfiles de los ojos en palabras», sino también la propia del mundo de «la materia visible», exigen del visitante inteligente algunas condiciones importantes para poder disfrutarlas en toda su intensidad. Sobre todo el dominio del proceso del «desdoblamiento». Es un método fundamental, no sólo para los visitantes sino también para sus habitantes, incluso, en determinadas circunstancias, para la propia Rosaura, pero, sobre todo, para los habitantes del mundo de «la materia visible». «Si por alguna razón, Rosaura, —le recuerda el narrador— no te conviene abandonar el otro lado del río, la región de la materia visible y de los sueños náufragos, siempre podrías desdoblarte, que es otra posibilidad también en este mundo de palabras, en este rincón de idealidades, en esta luz llena de umbría, en esta sombra luminosa, y con

la adecuada disciplina no te resultará difícil familiarizarte con la técnica precisa para lograrlo.»

No siempre, ciertamente, ni a todos resulta fácil su práctica. Incluso para Ángela, uno de los varios desdoblamientos de la propia Rosaura, es motivo de desasosiego. Pero a ella, como a todos los que en algún momento lo intentan, remata atrapándoles la magia de la materia con que todo en estos mundos está hecho, las palabras. «Ya estoy de nuevo desdoblándome —confiesa Ángela—. Esta sensación de ser un tú no me divierte, sin embargo, y me asusta, así que prefiero hablar sola con la mirada extraviada en la bombilla, extraviada y estrábica, en un monólogo sin interlocutor en el que las palabras, por la ausencia de un tú donde buscar cobijo, ascienden con el aire cálido y se abrazan a la lámpara, se expanden por el techo, se mueven, inician la danza de las palabras cálidas, y yo me distraigo observándolas mientras se estiran o se contraen, se enlazan y se anudan las unas a las otras hasta formar una sola gran palabra que a lo largo de la mañana se va adhiriendo a los techos de la casa como una nube inaudible, pero visible. Y esto, lo de abrazarse las unas a las otras, lo hacen para no extraviarse ninguna por las corrientes cuando abro a ventilar.» No obstante, el raptor del brillo de los ojos de Rosaura, el gran maestro de esta técnica, no duda en insistir: Pero «he de tratar de convencerla de que se desdoble si no quiero arriesgarme a desaparecer del mundo de palabras, pues al salir, si no voy convenientemente sujeto por la última que puse, el excesivo calor que noto fuera en seguida me derrite y no tardo en abandonar mi forma corpórea.»

La razón principal de esta necesidad está precisamente en que ambos mundos —siempre nos referimos a los dos mundos habitados por los personajes recreados o creados por el autor, como, respectivamente, los *Merdaseca* de «Las dos sienes», o la Rosaura de «El brillo de los ojos de Rosaura» —están precisamente hechos con palabras. El mismo narrador se lo recuerda a ésta. Rosaura, «este borde de las cosas, este lado del mundo donde no existe la muerte —esto ya te lo dije, creo, el día que te convoqué a la página— donde la realidad se teje con palabras y de sueños y el tiempo no devora la vida como si fuese un monstruo». Pero además, en este mundo, en el que sólo manda la palabra, se puede volver a la vida cuantas veces se haya o la hayas abandonado. Aquí, lo recordará el narrador, «no se muere uno, además, pues cuando alcanza la de alguno su final, la vida, me refiero, se puede volver cuando le plazca a uno para vivir de nuevo, que la de cada cual es muchas vidas.» Siempre, claro, sin olvidar que es en la palabra donde se oculta el mágico elixir capaz de realizar tal milagro. «En la frase —lo dice claramente el narrador— recuperaré el sosiego, al comprender que me sería posible encontrar a Rosaura buscando en el reverso de lo que no ocurrió. Salté de un cuento a otro y me introduje en este porque en el anterior supe que había sido vista en una playa, y sé que de este hay otra cerca.»

El autor cree firmemente, como Guillermo de Torre, en el poder creador de la palabra. En el prólogo a su *Antología poética* de Rubén Darío —Losada, 1966— el ilustre crítico e historiador se pregunta:

«Rubén Darío —escribe al desgaire Pío Baroja— sólo tenía genio verbal.» ¡Ahí es nada! Cabalmente: genio verbal. Poseer el genio del idioma y acertar a cristalizarlo no en la vaguedad conceptual de la «palabra poética», «fundamento del ser» y otras hipérboles tipo Novalis-Heidegger, sino sencillamente en la palabra hermosa, espejo fidedigno de la emoción, del sentimiento personal y compartible al mismo tiempo: ¿no estará ahí el secreto tan buscado, tan manifiesto y recelado simultáneamente, de cualquier obra poética, literaria en general? ¿No se ha dicho en todos los tonos que sólo por el estilo —más allá del estilismo, por supuesto— se salvan y se transmiten las grandes creaciones?» El mismo Rubén Darío había escrito: «En el principio está la palabra como manifestación de la unidad infinita, pero ya conteniéndola. *Et verbum erat Deum* (sic).

En *A solas con el aire*, alcanza tal relevancia que su misma composición puede justificarse, como en «El brillo de los ojos de Rosaura IV», la elección del tiempo y el lugar más adecuados para la celebración del encuentro amoroso. «Acabo de tropezar —le escribe el narrador a Rosaura— con la palabra *ánade* y decidí que es un buen lugar para esperarte, por sus silabas abiertas.»

Si esto se entendiese de otro modo sería muy difícil explicar la belleza de relatos como la «Carta de Ísmodes Corrientes a la Sra. Izquierdo», o «Impresión de luna creciente». «Mario Alcabo —cuenta el narrador en este último—, retén del barco amarrado a los norayes del malecón, que además nos invitará a subir al atunero y a explicarnos y descifrarnos todos los instrumentos; y nos enseñará la cocina, el comedor, el camarote, la cabina,

todo tan apretado, el arte de la pesca del atún, que acá se caza, dirá, y alguno pesa tanto y pelea con tal ímpetu que hace falta la fuerza de varios hombres para arbolarlo. Grandullón como un edificio, a medida que hable se le irán cayendo las palabras, y al caerse se engarzarán las unas a las otras y formarán frases que no tendrán sentido pero tendrán música. Aquellas palabras que la voz de Mario sabrá colorear revolverán a ras por la cubierta, transitarán por ella y entrarán a los cubículos para salir después, circularán de babor a estribor, de popa a proa, agitarán el aire, ocuparán el espacio, se extenderán, y al final quedarán tan alargadas que solo serán visibles, tan delgadas y aparentes, y alegres con sus colores. Algunas saltarán al agua de contento, y las que no se zambullan preferirán confundirse entre las aletas de tiburón colgadas de las jarcias, convertidas en un improvisado tendal de palabras.»

Son, además, figuras como la personificación, la metáfora, la enumeración, la repetición y el paralelismo, el hipérbaton, el pleonasma y la correlación diseminativa las que permiten disfrutar las palabras saltando de contento en el agua o jugando a confundirse con «las aletas de tiburón colgadas de las jarcias». Alguna de ellas, como la «correlación diseminativa recolectiva», a la que Luis de Góngora prestigió con su uso en uno de sus más bellos sonetos, «Mientras por competir con tu cabello»...:

«Goza cuello, cabello, labio y frente,  
Antes que lo que fue en tu edad dorada  
Oro, lilio, clavel, cristal luciente,  
No sólo en plata o viola troncada

Se vuelva, más tú y ello juntamente  
En tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada.»

puede admirarse en ejemplos como este en que el narrador hace uso de ella para explicarle, nada menos que a Rosaura, el verdadero significado de los sueños: «Si no soy soliloquio —escribe—, ni soy niebla, ni soy no recuerdo, pero tampoco olvido; si no soy número, es posible que yo, su sueño, sea usted.» Es mismo en esta definición del sueño donde descansa sin duda uno de los principales secretos del poder de la palabra, en que ella dibuja, sobre todo, sueños y «los sueños son —como recuerda el propio narrador— otra forma de estar entre las cosas» ya que «beben en el mismo manantial que los deseos». Estos, como ocurre en *A solas con el aire*, llegan algunas veces a aparecer tan auténticos que incluso personajes como Rosaura, uno de los más bellos, se resisten a creerlos. «Yo no sé —le escribe ella al narrador— si los sueños son reales, y si usted lo asegura no lo voy a dudar.» De lo que ella parece tener certeza es de que el sueño que le cuenta su amigo «le evoca un paisaje de la infancia no vivido». «Me lo evoca su sueño —le dice—, que se parece al mío.»

«Los sueños son reales, Rosaura —le contesta este—, como las palabras que los perfilan, como este sentimiento nuevo que trajeron tus ojos a mi mundo. A lo mejor recuerda la infancia, el lugar donde los sueños nada tenemos que decir, pues somos el paisaje.» Tú misma —le dice— «Te pareces a un sueño, tienes la fuerza poderosa de los sueños, y si cierro mis ojos lo ocupa todo el destello esmeralda de los tuyos.» ¿Excesivo? «Noto en

el entorno de sus ojos —ahora habla Genara— la forma del asombro, y no sé si por la identidad reconocida o por el abracadabra en el discurso. Le estoy confiando su sueño, se lo dije. Me está contando mi sueño. Le contaré su sueño, que soy yo: Yo soy su sueño, no lo olvide.»

Podría parecer, creyendo las palabras del narrador, que *A solas con el aire* es una colección de sueños dibujados con palabras organizadas en bellas figuras literarias. Y, como pensaba Rosaura, «si usted lo asegura no lo voy a dudar». Lo que quizá no es este libro de Juan Besada, un libro de relatos. Sólo la pereza intelectual del prologuista puede justificar el uso de tal denominación para hacer referencia a los diferentes textos que lo componen. Textos nacidos para vivir en esos mundos en que sólo las palabras, no sólo logran otorgarles el don de la existencia, sino también la posibilidad de nacer de nuevo cuantas veces alguien los sueña. Ni el titulado «Las dos sienes», el más próximo al modelo tradicional de este género literario, se ajusta a las normas más comunes del mismo.

El suceso, por ejemplo, que cuenta el propio autor, se contiene en este breve párrafo:

«Lo demás que dicen no son cuentos, si nos hemos de fiar del narrador, Teolindo Osende Neiro, que relata lo que vio por su ventana, protegido el rostro tras las contras. Y lo que dice que vio fue que el mayor de los *Merdaseca*, el Pepe, le pasaba al *Charroni* con su moto por encima y a la vista de cuantos pudieran como él estar mirando desde las casas en torno al Campo, y dice también que fue la voz de Pepe Antelo, él la oyó, quien encendió

la moto gritando que lo dejaran a él, que le iba mucho empeño y se encargaría.»

A lo largo de casi veinte páginas, en las que se desenvuelve esta historia, apenas tenemos noticias ni del *Charroni* ni del *Merdaseca*. Nada o muy poco logramos averiguar de sus vidas y andanzas. Es, sorprendentemente, el narrador, Teolindo Osende Neiro, el privilegiado testigo del suceso y, sobre todo, su impresión delante de los dedos sin uñas del *Charroni*, el verdadero objeto de la curiosidad del autor desde el momento mismo en que después de dejar constancia de lo que éste había visto y oído, escribe:

«Lo que contó que hizo —el narrador— fue esperar a que largaran para poder salir, y al pasar por delante de la puerta principal del Manicomio (dispuesto en un viejo Monasterio que preside aun hoy el Campo) le parecieron vacías las cuencas de los ojos y sin uñas los dedos de las manos, también ensangrentadas.»

Es decir, el suceso sólo funciona como la causa de la impresión que le produjo al narrador la imagen de las manos sin uñas del muerto, que, además de robarle el sueño, «los dedos sin uñas de Manuel Murguía le robarían también la voz..., a quien se vio durante días caminar enajenado, poseso de la huella de una imagen que le había arrancado también el apetito, hasta que una mañana el delirio alertó a Olegario Fuentes, vecino de Lapido, que tropezó con él en medio del camino de Torrente, sentado y sin atisbo de cordura, llevándose a puñados a la boca el polvo de la vereda.» Teolindo Osende, el narrador, perdió el sueño de dormir para soñar despierto los dedos sin uñas del



*Charroni*, para soñarse a sí mismo, sus recuerdos, «el origen del grito que sonaba, el eco de la moto que arrastraba como a un pelele el cuerpo de *Charroni*, se vio acercarse, se vio perderse al otro lado del Campo por el camino de Torrente luego de verle arrancados los dedos a las uñas, y se vio dando tumbos, de lado a lado».

Una descripción de una terrible impresión, de un doloroso sentimiento, de una emoción, de un sueño. Todo construido con palabras. Como el resto de las historias de *A solas con el aire*. Sentimientos y emociones que sólo al leerlos, es decir, al soñarlos, renacen para convertirse en relatos.

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

# Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

## UN APUNTE

### *AMANECER EN LA LAGUNA*

**(Por Walter Toribio)**

Este texto, y con el mismo título, fue editado originalmente en 1998 en SIN BARRERAS, semanario de ámbito local que por entonces se publicaba en Rocha (República Oriental del Uruguay) y si lo traemos ahora es como tributo a la memoria de su autor, a quien tanto debemos.

Juan Besada es un profesor de filosofía de Santiago de Compostela, lector devorador de páginas y escritor en lengua castellana, a pesar de ser gallego. En 1997, Juan y Charo Ureña, su esposa, visitaron Uruguay.

Durante ese invierno, Carmen y yo teníamos una casita alquilada en La Pedrera. La magia que nombran los argentinos cuando nombran La Pedrera, nos había subyugado. Mi infancia tenía recuerdos del promontorio rocoso de Punta Rubia, porque mi padre estaba entre los primeros pobladores del villorrio. Recuerdos borrosos que la larga ausencia había velado y eran pequeñas anécdotas y fotos familiares, sin agarraderas en las sensaciones, los olores del aire, los sentimientos que produce una naturaleza poderosa y silvestre. No tenían vida. Cuando Maneco nos mostró la casita de las barrancas, recorrimos playas, bosques, orillas de la laguna, y nos llenamos de pájaros, lobos, pingüinos, lluvias y vientos, la explosión de las olas como metrallas

de una vieja batalla nunca acabada y el ojo rojizo del ocaso despidiendo la tarde... ¡Ha! Entonces empezamos a sentir la inquietud de no estar allí, cuando estábamos. La Negrita Correa y Carlitos pusieron las palabras para reconstruir años de juventud que compartimos y la historia de estos rincones poblados por el hombre antes de que los caminos los hicieran accesibles.

Nuestra devoción por las costas de Rocha nos llevó a invitar a los amigos a compartir un fin de semana, con prudencia. Turistas europeos, habitantes de Galicia, donde costas y rocas no faltan, pensamos que su interés iría más por otras rutas donde la historia y el hombre habían dejado sus huellas. No era así. Juan y Charo se empaparon de noches y lunas, de aves y ranas, de camarones, pescados, pinos, puertos y barcos colorados como el poniente y oxidados como las viejas herramientas y los naufragios. Amaron con intensidad, para mí inesperada, los paisajes de La Paloma, La Pedrera, Cabo Polonio. Pero algo más que la naturaleza los cautivó: lo humano, los tipos que allí vivían, la sabiduría oral de los pobres, la sencillez de la vida invernal en estas playas, lo poco que hacía falta para ser feliz a orillas de nuestros mares. Esa nombrada magia debe ser verdad. Quizás nosotros, los de Rocha, no sabemos que, más allá del turismo veraniego, hay en estos parajes cosas que una parte de los hombres añoran incluso sin haberlas conocido.

Juan y Charo llegaron a decir que querían venirse a vivir en La Pedrera. Junto a la lumbre aromática de la leña de monte en la estufa, jugamos a imaginar formas de sobrevivir. No encontramos la solución para urbanitas como nosotros, poco aptos

para manejarnos en los mundos rurales y apartados de la ciudad. Allí quedaron algunas lágrimas de despedida, el adiós al proyecto imposible y al entorno cautivante. Desde Santiago, Juan nos envió un soneto recordando un amanecer a orillas de la Laguna de Rocha. Habíamos ido a sorprender las aves en su despertar y nos sorprendimos a nosotros mismos con el espectáculo primitivo que evocaba esos momentos iniciales cuando el hombre toma fuerza emocional del paisaje. Quizás en un sitio como ese, decía Juan, los griegos inventaron la filosofía.

*Yo quisiera juntar los elementos  
del paisaje: la forma de la duna,  
los colores del cielo, la laguna,  
las aves en el agua, los flamencos,*

*el rojo y amarillo tan intensos  
que podrían tocarse. Allá la espuma  
de las olas efímera dibuja  
la orilla de la playa. Privilegio*

*de estar: es el sonido que perdura  
de la noche. Los otros se callaron  
y les suceden otros que alimenta*

*la luz. La vida estaba y se reparte  
empapada de luz. Cuánto quisiera  
juntar los elementos del paisaje.*

# Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

# A SOLAS CON EL AIRE

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

# Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO



## LAS DOS SIENES

a Antonio Presedo Garazo.

### I. LA INCREDELIDAD

*Nadie sabe de qué negras raíces  
crece la perversidad de los hombres.*  
Augusto Roa Bastos: «Contravida»

La vida acaba siempre con la muerte de su protagonista, por lo que según criterio al uso de los consumidores de novelas o cualesquiera otro formato en el que de s3lito se presentan las historias inventadas diríamos que *siempre* acaba mal. Puede parecer el juicio exagerado, por carecer la vida de alternativa al acabamiento, pero no debió pensarlo así Manuel Murguía, conocido por *Charroni*, de la familia de *Barrista*, la tarde en que lo iban a matar, cuando al pasar por el Crucero de Arriba un *Merdaseca* se le plantó delante, el mayor, el Pepe, y al mirar a uno y otro lado observó la huida imposible, se paró también, y sin dejar de dirigir sus ojos a los suyos, aquí me tenéis, les dijo, y ellos se lo llevaron.

Lo demás que dicen no son cuentos, si nos hemos de fiar del narrador, Teolindo Osende Neiro, que relata lo que vio por su ventana, protegido el rostro tras las contras. Y lo que dice que vio fue que el mayor de los *Merdaseca*, el Pepe, le pasaba al

*Charroni* con su moto por encima y a la vista de cuantos pudieran como él estar mirando desde las casas en torno al Campo, y dice también que fue la voz de Pepe Antelo, él la oyó, quien encendió la moto gritando que lo dejaran a él, que le iba mucho empeño y se encargaría. Lo que contó que hizo fue esperar a que largaran para poder salir, y al pasar por delante de la puerta principal del Manicomio (dispuesto en un viejo Monasterio que preside aun hoy el Campo) le parecieron vacías las cuencas de los ojos y sin uñas los dedos de las manos, también ensangrentadas. Lo que no pudo saber entonces fue que esos dedos sin uñas le robarían el sueño para siempre.

Al menos fue lo que más adelante dijo, y por escrito, convencido al fin de que no había sido víctima de un ensueño terrible. La idea de la pesadilla había calmado su ánimo en los primeros días después de la locura y se había alimentado de la convicción de que nadie más parecía haber visto nada: ni al mayor de los *Merdaseca*, el Pepe, ni a los otros tres desalmados que lo acompañaban, ni el cuerpo tendido de Manuel Murguía en el Campo, ni las salpicaduras de su sangre en el tronco de un carvallo, ni oír siquiera el rugir de la moto espantando el aire, ni al aire mismo sacudiendo después las hojas de los árboles, asusta los de la sangría.

Pero no fue el sueño el único botín, y los dedos sin uñas de Manuel Murguía le robarían también la voz al narrador, a quien se vio durante días caminar enajenado, poseso de la huella de una imagen que le había arrancado también el apetito, hasta que una mañana el delirio alertó a Olegario Fuentes, vecino de